

Jornada

por Íris Schmitt

Jornada nos hace pensar en la muerte de una manera hermosa y banal. La gente muere. Pero aquí, entre la muerte y los muertos, vivimos.

Las visitas al cementerio suelen ser poco frecuentes, breves y asociadas a sentimientos de dolor, pero hay quienes no se sienten así, teniendo una relación un tanto más familiar e íntima con el espacio, ya sea por una costumbre consolidada de visitar a conocidos o por el simple interés por estar ahí, tal vez sintiéndose más a gusto y en paz entre los muertos que entre los vivos. En cualquier caso, para que sea posible cualquier tipo de contacto metafísico con la muerte dentro de una tumba, sus puertas deben estar abiertas para entrar. Alguien necesita abrirlas, así como es crucial que alguien libere espacio para nuevos huesos mientras alguien prepara el cemento para levantar una nueva tumba, viendo quién se encarga de barrer el piso con los restos de flores marchitas de la semana pasada que el visitante, tocado por la pérdida, no quisiera ver, porque recordaría que todo ser vivo un día se marchita, se seca y muere, que el tiempo no se detiene por nada ni por nadie. La mayoría de nosotros no acumula más que unas pocas decenas de horas en los cementerios a lo largo de nuestra vida, pero, de una forma u otra, estamos sensibilizados por el espacio. ¿Cómo cambiaría esa relación pasar todos los días ahí adentro, trabajando? La manera atenta de presentar esta cuestión en *Jornada* es extraordinaria.

Cada uno de nosotros tiene una mística, religiosa o ritualista para enfrentarse a la idea inevitable del final, pero, como todo lo relacionado con la vida, morir también tiene su burocracia, sus protocolos, sus implicaciones prácticas. Seguimos resolviendo problemas por un tiempo. Solo después de que nos examinamos, registramos, bendecimos y nos despedimos, podemos empezar a pensar en descansar. En el mejor de los escenarios, el destino final del cuerpo ha sido previamente establecido y será, a la brevedad, derivado al lugar elegido por la conciencia que lo habitó. Enterrados, momificados, resguardados en urnas, dispersos en el aire. Estaremos en cada rincón, haciendo historia. Si las familias van a lidiar con el duelo, las personas que cuidan los cuerpos tendrán que lidiar con el resto...

Hay todo un ecosistema cuidadosamente construido y gestionado en el cementerio para que el proceso de remisión de la pérdida se sienta sin distracciones por parte de quienes velan por un cuerpo, para que, sea cual sea el procedimiento de despedida, sea respetado. Fue lo que comprendió la mirada sensible de la realizadora de *Jornada*, Maiara Rocha. Mientras una familia llora el fallecimiento de un amado abuelo, alguien prepara su tumba, cepilla su cabello,

arma su corona de flores... Para que una familia pueda velarlo, todos los días es necesario cavar, demoler, hacer argamasa, reconstruir, limpiar, recolectar, florear...

Jornada ofrece una visión sublime de una necrópolis viva, muestra lo invisible a la luz del día, lo oculto y lo sobrio, lo curioso, lo morboso, lo cotidiano. No como antítesis, sino todo a la vez. Es una pieza única con muchos afectos, que no necesita ser desarmada para tener sentido, ni requiere una relación íntima con el tema para hacerla sentir, sino que crece en el encuentro con el equipaje de quienes embarcan en ella.